

# Tim Gautreaux

## Señales

Traducción  
José Gabriel Rodríguez Pazos

**LHG**



hespérides

TIM GAUTREAUX

# Señales

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La  
Huerta  
Grande

ESLES DE CAYÓN  
2025

Título original  
*Signals*  
Traducción del inglés  
José Gabriel Rodríguez Pazos

Copyright © 2017 by Tim Gautreaux  
© De la traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Madrid, abril 2025

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Diseño de Cubierta: *Patricia Romero* para La Huerta Grande

Reservados todos los derechos de esta edición  
Esta edición ha sido publicada en acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB Agencia Literaria

ISBN: 978-84-18657-70-2  
DL: M-6133-2025

Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2, 28108 Alcobendas, Madrid  
Impreso en España/*Printed in Spain*  
Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*A Haley y Melissa,  
que nos dieron nietos*



*Despiértame temprano, trata bien a mis perros  
Y enseña a mis hijos a rezar.*

—John Anderson



# Índice

Ídolos .....	13
Cambio de actitud .....	45
Mala sangre .....	75
Magia de la radio .....	97
El lamento del calderero .....	117
El regalo del ayudante Sid .....	159
Lo que el agua se lleva .....	179
El fumigador .....	187
Alas .....	209
El afinador de pianos .....	233
La reseña .....	261
Presa fácil .....	283
Señales .....	303
Bueno para el alma .....	331
Algo por nada .....	355
Resistencia .....	383
Las aventuras de Sue Pistola .....	405
El cielo en Las Vegas .....	431
La caja de caudales .....	457
Todo lo que vale .....	485
Lo que no vemos a la luz .....	507
Agradecimientos .....	527



Julian estaba viviendo en Memphis, en un bloque de apartamentos cubierto de hollín que había junto a una fundición, cuando recibió una carta en la que se le informaba de que se habían resuelto las cuestiones relativas al patrimonio de su bisabuelo. De pie frente al portal del deteriorado edificio de dos plantas, leyó los términos de la resolución con manos temblorosas. La mayor parte de las propiedades se habían liquidado para levantar embargos y pagar los honorarios de los abogados, pero quedaban todavía la enorme casa del campo y dos hectáreas y media de terreno, además de veintiocho mil dólares. Julian tenía sesenta y tres años, era delgado y calvo, se dedicaba a reparar máquinas de escribir en el dormitorio que le quedaba libre y llevaba una vida solitaria. La única vez que había visto aquel viejo caserón había sido a los ocho años, cuando su madre lo había llevado por la carretera de gravilla que pasaba por delante, en los tiempos en que se pudo permitir tener un coche. Las columnas dóricas que la casa tenía en tres de sus lados estaban agrietadas, en la barandilla de la galería del segundo piso faltaban muchos balaústres y algunos cristales de ventanas habían sido sustituidos por cartones. Durante muchos años había estado ocupada ilegalmente por una familia a cuyos ceñudos miembros había visto aquel día repantigados en los porches y siguiendo con la mirada el Ford negro de su madre, cuando este pasó junto a la verja. Por lo que sabía, aún seguían allí.

Entró en su apartamento para evitar el calor de finales de junio y se sentó a releer los términos de su buena fortuna en un sillón abatible parcheado con cinta americana. El único dinero extra que había tenido en su vida eran los cien dólares que le habían tocado en un cupón de los de rascar. Antes de que muriera su madre, había estudiado dos años en un pequeño college local y se consideraba, al menos, rico en conocimiento, más rico, desde luego, que los comerciantes y administrativos con los que tenía que tratar. Habitualmente, menospreciaba a la gente que poseía grandes casas, pero, en el fondo de su corazón, albergaba el recuerdo de aquella vieja mansión como la única cosa grandiosa en la historia de su familia. Durante mucho tiempo se había avergonzado de ambicionar aquella casa, y ahora era suya.

La idea de producir dolor a personas a las que les iba mal en la vida lo desazonaba, así que, en vez de comunicar personalmente a aquella menesterosa familia que tenían que abandonar la casa, pidió al *sberiff* del condado que los desahuciara. Dedicó un mes a vaciar su apartamento de máquinas de escribir Selectric y Royal 440, inservibles y abandonadas por sus dueños, y cuando acabó, se subió a su Dodge de veinte años y puso rumbo a las llanuras de pino del norte del estado de Misisipi. Al cabo de una hora, dejó la ancha carretera estatal para coger una serpenteante carretera asfaltada; y después de adentrarse en una zona de bosque, se desvió a la izquierda por una carretera de gravilla que discurría tan recta como una vía de ferrocarril a lo largo de quince kilómetros. Al llegar a un vallado de cinco líneas de alambre de espino que se incrustaba en los troncos de los robles de Virginia, redujo la velocidad, inspiró y paró el coche. El césped era una amalgama de hierbajos que subían hasta la cintura, ramas caídas y el místico toque que daba el punteo rosáceo de las flores de los cardos; y detrás, se elevaba aquel templo ennegrecido por

el moho. En algunas partes, el revoque se había caído de las paredes y había dejado al descubierto un ladrillo anaranjado y castigado por el viento. Julian avanzó con el coche hasta el final de la valla, se bajó y se sentó en el capó. Su difunta madre —a la que consideraba insoportable, pretenciosa para lo pobre que era y con unos anacrónicos aires de grandeza— le había hablado de aquella casa como si fuera la prueba de algo en relación con sus ancestros, los Godhigh. «Eran gente de abolengo y poderosa», le había dicho el día que pasaron en coche por delante de ella. «Y nosotros tenemos su sangre». Enderezó la espalda para poder ver mejor por encima de la maleza y contemplar las estilizadas columnas y los sombríos aleros, y sintió entonces que se merecía aquella herencia, que la había merecido toda su vida.

Subió los peldaños de piedra, abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entró en el amplio recibidor. La casa era una sucesión de habitaciones de techos de imponente altura, que resonaban y olían a vacío y a excrementos de ratón. El sitio no lo habían pintado en muchas décadas, pero sus últimos ocupantes lo habían dejado relativamente limpio. La oscura cocina —añadida cien años después de la construcción de la estructura principal— tenía unos fogones que olían a gas y un fregadero muy desconchado. En la planta de arriba, un ancho pasillo daba a cuatro enormes habitaciones y a una puerta que conducía al ático, atravesado de vigas de madera de ciprés sin pintar. Encima había un belvedere de techo y paredes de cristal, donde hacía un calor insufrible y desde el que pudo divisar puntos muy alejados y extensiones llanas de bosque que en su día habían sido campos de algodón. Imaginó entonces a los que lo recogían, arrastrando sus sacos lentamente a través del paisaje achicharrante, y comprendió de quién era el trabajo con el que se había pagado aquella casa. El tejado era metálico y parecía sólido, aunque se veía abollado por las tormentas y cubierto de óxido.

Después de inspeccionar las edificaciones anejas, condujo los diez kilómetros de carretera polvorienta que lo separaban del pueblo de Poxley, donde llegó a tiempo de comprar una cama, algunas sillas, un par de mesas y un juego de comedor. El señor Chance Poxley —un caballero flácido, de piel manchada por la vejez, camisa blanca y estrecha corbata— le mostró también un frigorífico de segunda mano.

—No va a poder vivir sin nevera —le dijo el señor Poxley—. Como deje una lata de carne abierta en el alféizar de la ventana y se la coma al día siguiente, va a pasarse el día vomitando, y con una jaqueca horrible. —El señor Poxley se llevó a la frente una mano surcada de venas azuladas—. Va a vomitar cosas que no había visto nunca.

—De acuerdo —lo cortó Julian—. Me quedo también la puñetera nevera. ¿Cuándo me pueden llevar todo?

—¿Dónde vive usted?

Julian se lo dijo y observó su reacción.

—No me diga que ese viejo caserón todavía se mantiene en pie...

Julian inspiró con ruido y levantó la barbilla.

—No solo se mantiene en pie, sino que lo voy a restaurar para que vuelva a su estado original.

El señor Poxley se rascó la parte de atrás de la cabeza y lo miró de reojo.

—¿Cuál era su estado original? Ya no vive nadie que haya visto una gota de pintura en esa casa.

—Eso va a cambiar pronto —dijo Julian, cogiendo el recibo que el anciano sujetaba entre los dedos.

—Debería hacerse usted con una buena casita de ladrillo en un terrenito de dos mil metros cuadrados. Algo que pueda mantener. No sé si es consciente de lo que le va a costar arreglar ese sitio, y lo frío que puede llegar a ser en invierno.

—Esa casa es parte de la historia de mi familia.

El señor Poxley tardó en un momento en contestar, como si estuviera pensando en lo que Julian acababa de decir.

—Pues espero que la historia le libre de las corrientes de aire frío.

Al día siguiente el anciano se presentó en la casa con dos muchachos y todo lo que Julian había comprado. En el piso de arriba, el señor Poxley observó el techo combado del dormitorio.

—¿Y en qué trabaja usted?

—Me dedico a vender y reparar máquinas de escribir en una de las rutas empresariales de Memphis.

—Máquinas de escribir —repitió el señor Poxley, como si Julian hubiera dicho «matamoscas manuales» o «máquinas de vapor»—. Nosotros dejamos de usarlas hace diez años.

—En algunos sitios las necesitan para rellenar impresos y cosas de esas. —Julian extendió una sábana sobre su nuevo colchón—. Y en las tiendas de antigüedades te piden que les restaures viejos modelos.

El anciano miró a su alrededor, al largo y despintado pasillo, al alabeado entarimado de pino, y levantó la vista hacia el cableado de camisa de tela que serpenteaba por el techo.

—Pues por su bien espero que lo de escribir a máquina vuelva a ponerse de moda.

Durante las tres semanas siguientes, Julian barrió habitaciones y galerías e hizo leña de las ramas caídas por el jardín que rodeaba la casa. Todos los días acababa derrengado. Compró una sierra eléctrica y tablas para arreglar el suelo de la galería del segundo piso, pero cada vez que se ponía a serrar, cuando se encontraba a mitad de faena, se fundía uno de los plomos de la caja de fusibles, llena de arañas, que había en la cocina. La primera vez

que encendió su cocina eléctrica de dos placas, la tapa de la caja de fusibles estaba abierta, y pudo ver un destello cerúleo al que siguió una voluta de humo, el primero de los cuatro plomos que necesitó fundir para freír un huevo. No tenía ni idea de cómo debía adecuar la instalación eléctrica, así que empezó a tomar la comida fría.

Todos los días recorría las estancias de la casa para calcular cuánto tiempo tardaría en enlucir desconchones, pintar paredes y poner cristales a las ventanas.

Julian se dio cuenta de que iba a tener que contratar ayuda barata: un carpintero arruinado, desesperado por conseguir algún encargo, o el típico borrachín o enfermo mental en proceso de rehabilitación. La idea le elevó la moral, como si ese tipo de servidumbre fuera a hacerle revivir la historia del lugar. Pensó en la vieja cocina del jardín trasero de la casa —de tiempos de cuando se construían separadas de la casa principal, para evitar incendios— y se le ocurrió que el tipo al que contratara podía alojarse allí como parte de su salario. La vida en el campo y el trabajo duro devolverían la salud a aquel pobre hombre, así que, en realidad, le haría un favor.

Cogió el coche para ir a ver al señor Poxley, quien, como de costumbre, estaba acodado en el mostrador sobre el brazo izquierdo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor mecanográfico?

Julian frunció el ceño ante aquel saludo.

—Necesito encontrar a alguien que deje en condiciones la instalación eléctrica, que haga cosas básicas de carpintería y que pinte.

El señor Poxley enarcó las cejas.

—Yo también.

Julian cruzó sus delgados brazos.

—Pero yo puedo ofrecerle alojamiento.

—¿Me está diciendo que quiere que el tipo viva en ese case-rón con usted? ¿Para qué demonios? Se va a comer todo lo que tenga usted en casa y va a pedirle dinero siempre que pueda. Cuando lleve unos meses, va a ser como tener un cuñado.

—Lo que yo quiero es un empleado, no un pariente.

—Lo que usted busca, hijo, es un aparcerero, y eso ya no existe. Es historia.

Julian dudaba que Chance Poxley supiera mucha historia y pensaba, más bien, que era un viejo poco documentado y cuya especialidad eran las opiniones. No obstante, seguramente conocía a todos los habitantes del condado, así que Julian se inclinó hacia adelante y bajó la voz:

—Pensaba que quizás podría usted ayudarme a encontrar a alguien con alguna debilidad. Ya sabe, una de esas personas que quedan fuera de la circulación porque juegan o beben demasiado.

—Ah, que lo que quiere es un aparcerero borracho —dijo el anciano.

—No, no. Me refiero a alguien que esté pasando una mala racha, al que yo podría ayudar a cambiar de rumbo.

—Bueno, si bebe lo suficiente, seguro que cambia de rumbo continuamente... —El señor Poxley se dio una palmada en la pierna y soltó una carcajada.

Julian tenía poca paciencia con la gente simple, por lo que se dio la vuelta para salir. Pero entonces vio un enorme corcho, en el que había papeles escritos a mano y sujetos con chinchetas, un tablón de anuncios de la comunidad.

—¿Podría, al menos, poner un anuncio ahí?

—Sírvase usted mismo.

El anciano se alejó renqueando hacia el baño y Julian buscó en el mostrador un trozo de papel y un bolígrafo: «Se busca

persona que sepa hacer trabajos de electricidad, carpintería y pintura para vivir en una casa que necesita reparaciones. Pedir datos al señor Poxley». Julian pensó que no hacía falta dar más información. Volvió la vista hacia la puerta del baño y añadió: «Abstenerse borrachos». Cogió una chincheta negra del montón que había en el cenicero y clavó el anuncio en el centro del tablón, junto a otro que ofrecía gratis una serpiente cascabel a quien pudiera proporcionarle un buen hogar.

El lunes siguiente, Julian estaba fuera, en la galería de abajo, limpiando una antiquísima Underwood en una mesa de tablas que había sacado de una de las edificaciones anejas. En las habitaciones de la casa solo colgaba una bombilla del techo y el gran volumen de aquellas estancias consumía toda la luz, así que empezó a trabajar fuera para aprovechar el sol de la mañana, siempre que el tiempo lo permitía. Hacia las diez, detectó un movimiento en el borde de sus gafas bifocales y, al levantar la vista, vio a un hombre de pie, entre el aligustre castigado por el sol que había junto al borde de la carretera. Julian lo llamó y el hombre avanzó con dificultad entre la crecida maleza hasta llegar a la casa. Parecía tener unos cincuenta años, enjuto, bastante alto, con unos tejanos de triple costura y una camisa vaquera a juego, con las mangas cortadas a la altura de las axilas. La gorra era también de ese tipo de tela, una gorra de beisbol de visera plana y sin ningún bordado. Julian nunca había visto una gorra sin nada escrito en la parte de delante.

—¿De dónde vienes? —le preguntó.

—Del pueblo. He visto su anuncio.

—¿Qué? Ah, sí. —Se levantó y lo miró de arriba abajo.

Los descoloridos ojos del hombre se fijaron en el costado del caserón.